

CAPITULO III

La Virgen dió á los pueblos muestras de su intercesion eficaz

No es preciso recurrir al pueblo de Israel en busca de documentos para declarar cuanto deben á María las humanas generaciones. Los hebreos son deudores, cierto es, á la predestinada para hollar con su planta la cabeza de la serpiente engañadora, que en Adán y Eva venció á la pobre humanidad. Aquellas promesas de que una mujer quebrantaría la cerviz orgullosa del enemigo, y que de la raíz de Jesé había de brotar una vara misteriosa, y ascendería una flor, hacían que el pueblo escogido alabara y cantara á la Virgen, que concebiría y pariría á

un hijo, cuyo nombre había de ser *Dios con nosotros*: EMMANUEL.

Noé, contemplando el arco-iris; Moisés, adorando la zarza; Jacob, mirando la plácida y risueña luna; otros, en distintas formas, saludaron ya á la que de verdad obraría hazañas prodigiosas á favor de los pueblos, máxime de los iluminados por los rayos de la doctrina celestial de Jesucristo.

Relegando al silencio lo que María, vista en espíritu por los patriarcas y profetas y justos de la Antigua Legislación y de toda la Era que queda allende el Gólgota, hubiera influído en el bienestar y la salvación de Israel, haré brevísimas indicaciones relativas á su potentísimo influjo con orden á las naciones cristianas.

Pudiéramos, ante todo, preparar el campo, formulando un argumento semejante al de la Inmaculada, atendida, es claro, la condición de la materia. Y lo

formulamos, en efecto, del modo que sigue: *quiere* la Virgen, y *puede*, y *debe* mostrar á los pueblos su intercesión eficaz ante los ojos del Señor: luego lo verifica.

QUIERE.—Es la Virgen madre nuestra. ¿Y qué madre, por duro que fuere su corazón, no querrá atender á las necesidades de sus hijos, ni compadecerse de sus miserias, ni aliviar sus dolores, ni templar sus penas y angustias? Si alguna del mundo terrestre fuese tan dura y despiadada, no acontece lo mismo con la madre celestial. ¡Quíá! ¡si la Virgen Santísima es todo misericordia, y de misericordia es su reinado!

PUEDE.—¿Quién le negará el poder? ¿quién se lo disputará? ¿quién se lo pondrá en duda? Ella es Hija predilecta del Padre eterno, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo: títulos gloriosísimos, de los que arriba se dedujeron la *eficacia* y *universalidad* características de la inter-

mediación de María. Pídeme, le dirá la Trinidad augusta, y te señalaré por herencia las naciones, y tus posesiones se extenderán hasta los últimos confines de la tierra. Desde el Oriente conduciré á tus hijos, y desde el Occidente les congregaré; dámelos, diré al Setentrión; y al Mediodía: no les retengas. Como si dijera: no tendrá límites el horizonte de tu misericordia; poseerás la *Omnipotencia suplicante*.

DEBE.—Pretende un día Amán borrar de la sobrehaz del globo á todos los israelitas.—Lo sabe Mardoqueo, se presenta á Ester, le expone el peligro que amenaza al pueblo de Dios, le amonesta que comparezca ante el rostro del Rey Asuero é interceda por la salud de Israel.—Teme la Reina Ester, la Ester hermosísima, dirigirse al Rey para suplicarle aquella gracia tan especial.—La dice Mardoqueo: no pienses que la Providencia te escogió con otro fin, para ocupar tan elevado

sital en el Imperio del Asia, que con el de salvar á su pueblo, al que tú misma perteneces.—Se conmueven las entrañas de Ester, se expone á las iras del Rey, corre á la presencia de Asuero, le habla; es Amán.... crucificado, y Mardoqueo salvo con todos los israelitas.

Ester fué figura de María.

El anterior hecho prueba á la vez el *deber* y el *poder* de la Ester celestial.

EL HECHO.—Si la Madre de Dios quiere, puede y debe interceder por los que habitamos en este valle de lágrimas, el hecho de su intermediación se ha de palpar, sin duda. Acontece en la tierra, algunas ó muchas veces, que los hombres deben y pueden y quieren realizar un bien; pero la pereza ó negligencia ú otras causas, les impiden llevar á cabo la buena obra: carecen de voluntad eficaz. No así la Virgen, que se halla siempre dispuesta, prontísima á derramar sobre

los afligidos y menesterosos las aguas del consuelo y del refugio.

Veamos cómo se cumple cuanto afirmamos, discurriendo á través de los siglos.

No entra en mi propósito descender á casos individuales, tejer la serie de beneficios obtenidos por la Reina del cielo para cada uno de los hombres. ¡Ni las antorchas que resplandecen en la celeste bóveda, ni las gotas del océano igualarán en número á las mercedes que de la purísima Virgen consiguieron los hombres, aisladamente considerados, en los diferentes pueblos y reinos y continentes de la tierra!

Vengamos, por tanto, á lo que en globo las naciones le deben:

FRANCIA.—Hay proposiciones notables, que sintetizan la historia de un reino, aunque hubieran transcurrido largos periodos á partir de su existencia. Tal sucede con Francia. ¿Qué recibió de María, qué

gracias obtuvo por mediación de esta Señora, anuncióla aquella expresión brevísima de los antiguos: «El reino de las Galias es reino de María.» Equivale á decir: María es su Reina; y por lo mismo, su luz, su estrella, su norte venturoso, su directora en los peligros, en las batallas, y el compendio de sus grandezas.

«Este cristianísimo Reino tuvo Reyes piadosísimos y muy adictos á la Madre de Dios,» escribe el P. Michou (*). Sirvan de ejemplo Carlo Magno y su hijo Ludovico Pio, Luis Craso, Roberto el Anciano, Felipe Augusto, San Luis, Luis XI, Carlos V., etc.—Y por lo tocante á los denominados *latinos*: Enrique II, Enrique VII, Federico III, Ludovico III, Alberto II, etc.—

Como *regis ad exemplum totus componitur orbis*, de ahí que en los pueblos gobernados por los predichos fuera no-

(*) *Ob. cit.*; *Discurso* 374.

table la devoción á María, correspondiente fiel por su parte la Madre del que es y lleva broslado en su muslo: *Rey de los reyes y Señor de los que dominan*.

GRECIA.—Cuantos favores otorgó la Virgen al Imperio Griego, decláranlo estas palabras del citado P. Michou: «La ciudad de Constantinopla (como si dijéramos, la Jerusalén del Imperio Griego), dedicada desde un principio á la Madre de Dios, apellidada por su nombre Ciudad de la Virgen, celebérrima por el número de templos consagrados á la misma y por su fervorosísimo culto, fué tan feliz con aquel título, que su riqueza, su fortaleza, su hermosura, sus victorias, su paz, su afluencia de todas las cosas, parecen haber fijado con la Virgen su domicilio en la ciudad de la misma Virgen. Esta ciudad permaneció inexpugnable, mientras estuvo dedicada al culto de la Madre de Dios, la cual muchas veces defendió maravillosamente á los griegos contra per-

sas, hunos, árabes y otros bárbaros» (*).
 Prosigue el eruditísimo autor pintando con vivos, coloridos los males, los azotes, las calamidades, que sobrevinieron á los griegos después de prevaricar y abandonar el culto y devoción de María.

Antes del cisma de Focio, hubo Emperadores tan amantes de la Virgen como Constantino Magno, Heraclio, Marciano, León, Justiniano, Andrónico el Joven, etc. siendo su imperio favorecido por ella.

VARIOS REINOS.—Los polacos decían: «la Reina de Polonia es María»; y tan significativa voz pronunciaban los de Hibernia, Dinamarca, Escocia, Hungría, Bohemia, Inglaterra, y otros moradores de los diferentes pueblos del continente europeo.

María es Reina excelentísima, poderosísima, amplísima, invictísima, gloriosísima, nobilísima..... por eso emperadores,

(*) *Ob. y Discurso cit.*

reyes, príncipes, duques, condes... todos los grandes de la tierra, la reverencian y magnifican y se postran á sus plantas venturosas.

ESPAÑA.—Acaso no exista pueblo alguno, á quien los tesoros de la bondad y ternura de María se hayan comunicado tan á manos llenas como á España. Por esta razón y por ser ella la destinada por el Señor para engastar en la corona del Catolicismo el grande y rico y valeroso Imperio-Azteca, la habremos de consagrar, como lo hemos realizado con Francia y Grecia, un lugar distinto en el corriente capítulo.

Un brillante orador, que con justo título llama la atención en la República de Méjico y que, á pesar de su reciente venida, logró colocarse á la altura de los más esclarecidos, profirió, no ha mucho, ante asamblea lucidísima, las frases que á continuación transcribimos: «allá, al Suroeste de Europa, hay una nación que se

sienta en las márgenes del Betis, del dorado Tajo y del Ebro, arrullada en casi todas direcciones por las ondas del Mediterráneo y del Atlántico, sobremanera hermosa... Es, señores, la nación española, ante cuyas glorias son las de Grecia y Roma lo que la luz de una bujía ante el esplendor del sol... Este pueblo, *menor que un grano de arena en las playas del mar de la historia*, fué, señores, el escogido por la Providencia, como antes lo había sido el pueblo israelita, para defender la idea del Altísimo y los derechos de su eterna justicia, á la vez que para ser el *patrimonio* de su santísima Madre la Virgen. Así me atrevo á afirmarlo por razones muy especiales: razones fundadas en una relación imprescindible contraída por los españoles con Dios y su Santísima Madre, y por parte de María y su Hijo, por una serie de prodigios grabados en todas partes por la pintura con sus colores y líneas, y por la escultura

y estatuaria con sus piedras y metales.» Sigue una bella síntesis de lo mucho que el pueblo español es deudor á la Virgen por las numerosas y nunca bastante bien cantadas maravillas, que élla efectuó bajo el cielo claro y hermosísimo de la Península Ibérica (*).

¿Que dónde están esas maravillosas hazañas?—Recordaremos una que otra.

Atravesó España en el trascurso de las edades vicisitudes peligrosísimas, fluctuó más de una vez el arca de su fe; pero la Virgen conservó aquella fe santa y desvaneció los peligros.

Los romanos vierten la sangre de innumerables mártires; la sangre es vertida, pero la religión se mantiene inmaculada.

Sobrevienen los godos y vencen al

(*) V. *Sermón de Covadonga*, predicado por el R. P. Ramón Fernández O. P. en la Iglesia de Santo Domingo de Méjico.

pueblo español; mas á su vez España conquistó á los godos para Jesucristo.

Bajo el pesado yugo de los sarracenos gime setecientos años el Reino de Recaredo; empero, ni la fe se evapora bajo el golpe de la cimitarra, ni Mahoma triunfa de Cristo: á los siete siglos resplandece el estandarte de la cruz sobre las torres granadinas, último ariete de los hijos del Islán.

¿Quién ayudó á los españoles?—*María.*

¿Quién les envió la brisa refrigerante en los momentos de su infortunio?—*María.*

¿Quién les servía de estrella en los combates?—*María.*

¿Quién fué su escudo, invisible en unas ocasiones y visible en otras?—*María.*

Cuando se apareció á Santiago el Mayor junto á las corrientes del Ebro y le entregó la portentosa imagen con el pilar de mármol, prometióle que había de auxiliar y socorrer á los españoles. La pro-

mesa se cumplió. Díganlo Covadonga, las Navas de Tolosa, el Salado, Clavijo, Calatañazor, Sevilla, Gradana, Lepanto, etc., etc.

España, agradecida á las mercedes que la Virgen le concedía, supo corresponder, levantándole por doquier santuarios, capillas, templos; grabando en sus estandartes la imagen de Nuestra Señora; ordenando que sus guerreros llevaran algún escapulario de la Reina celestial; ofreciéndole los trofeos de las victorias; haciendo que todos la aclamaran *Generalísima* de sus ejércitos.

¿Y sus Reyes?—Identificados con el cuerpo de la nación, mostrábase devotísimos igualmente de María. «De los muy católicos reinos de España, dice el P. Michou, salieron muchos Príncipes religiosísimos, y muy adictos á la Déipara Virgen.»

Lo anterior será, nos parece, suficiente para esclarecer la proposición con

que se encabeza el capítulo: *la Virgen dió á los pueblos muestras de su intercesión eficaz.*

Dase por concluida la *primera parte*, cuyo objeto había sido sintetizar las aureolas ó prerrogativas más esplendentes de la benditísima Reina de los cielos y de la tierra; aureolas que examinamos en orden descendente, coligiendo de ellas que María goza de poder muy alto en presencia de Nuestro Señor; poder manifestado por su bondad á los diferentes pueblos del orbe. Claro que sólo habemos hecho memoria de algunos pueblos.

En la *segunda parte* pretendemos demostrar que la intercesión de la Madre de Dios subió de punto y se manifestó aun más, si cabe, con la misericordia que usó respecto de los mejicanos.



SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Especialísima protección de la Virgen para con los mejicanos

El dominico P. Morán, conocidísimo por sus obras de teología y otras de mística elevada, trazó las frases que siguen: «parece que la Santísima Madre de Dios no sólo ha querido honrar á España, sino también á todas sus colonias. A donde quiera que iban los soldados españoles, María los acompañaba para vencer á los gentiles, y á los misioneros para civilizarlos y *hacerlos católicos*... En Méjico, puede decirse que *la verdadera conquista la hizo María Santísima*» (*).

(* *Mes del Rosario.*